

David Díaz Arias

Intersecciones y sincretismos transculturales en el Caribe y Centroamérica

Centro de Investigaciones Históricas de América Central, Universidad de Costa Rica

david.diaz@ucr.ac.cr

La revista *Ístmica* es una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional (Costa Rica). Su número 19 (2016) fue coordinado por Albino Chacón, Werner Mackenbach y Horst Nitschack y está dedicado al tema de la relación entre el Caribe y Centroamérica. Este número está integrado por 6 grandes apartados y presenta 19 artículos escritos por los coordinadores y por Renata Pontes, Livia Reis, Leonel Delgado, Silvia Valero, Elena Oliva, Karen Poe, Lucía Stecher, Leonardo Solano, Verónica Ríos, Ivannia Barboza, Ana Lorena Carrillo, Rosa María Burrola, Juan Camilo Galeano, Rosa Sarabía y Cuauhtémoc Pérez. Cuatro de esos apartados (13 artículos) se refieren a la relación entre El Caribe y Centroamérica. Los otros dos apartados (6 artículos) exploran narrativas recientes sobre Guatemala y sobre Puerto Rico y Cuba. En este breve comentario, quisiera referirme esencialmente a los primeros cuatro apartados.

La revista explora, fundamentalmente desde el análisis literario, representaciones y discursos sobre el Caribe, las identidades caribeñas, las identidades sexuales, las migraciones y el cine. Para realizar esas exploraciones y análisis, la revista ha contado con un muy competente y heterogéneo conjunto de contribuciones que incluyen filósofos, críticos literarios, expertos en literatura, estudios latinoamericanos, estudios culturales y especialistas en lenguaje. El resultado es un número muy importante para cualquiera interesado en el análisis y entendimiento de las

narrativas caribeñas, como para aquellos que buscan fuentes teóricas y metodológicas de inspiración para sus propios trabajos.

Debo confesar que, a pesar de todas las contribuciones que realizan los autores, el tema de la relación entre el Caribe y Centroamérica no es directamente analizada. El único que realmente se enfrenta a esa problemática es Werner Mackenbach en un brillante texto en que estudia cuatro novelas de lo que él llama *caribes* francófono e hispanófono. En ese esfuerzo, Mackenbach llega a la conclusión de que hay un grave problema en definir el Caribe en términos de simplicidad identitaria a partir de un solo concepto de negritud y de negro. Mackenbach critica, de esa manera, los simplismos que ha habido en el pasado en el tratamiento del Caribe y propone leer esa región en sus complejidades étnicas, lingüísticas y culturales si se quiere superar la visión apuntada.

Teniendo en cuenta lo apuntado por Mackenbach, el número ofrece otras voces sobre y desde el Caribe. Pero la aproximación a la posible relación entre Centroamérica y el Caribe es una tarea que le queda al lector, después de inspeccionar los textos de este número. Pero hacerlo precisa, creo, de un ejercicio de superación de las narrativas individuales y de elaboración de algunas formas de definición de esos *caribes*. En esa vía, el pasado nos puede ayudar.

El Atlántico y el Caribe (heterogéneos y plurales como sugieren los textos de *Ístmica*) son conexiones fundamentales con el pasado migrante; unas galerías que se mueven y que conectan los mundos de los que estaban y los que vinieron. Por sus aguas han fluido los viajeros y los trabajadores. Pocas veces prestamos atención a esa condición del mar como conexión y como separación entre Europa y América o, lo que nos interesa, entre el Caribe y Centroamérica. Los artículos reunidos en la revista, sin embargo, nos interpelan directamente al respecto, al hacer confluir las distancias geográficas y temporales a partir de narrativas inicialmente desvinculadas entre sí. Algo así logra Livia Reis al interpretar la repetición de una idea constante sobre el Caribe y que consiste en describirlo como isla. La isla, concepto que remite a desconexión, es engañosa porque muchas de las etiquetas y conceptos caribeños se repiten en el territorio continental y se presentan de manera solapada en aspectos claves como la música. Si la isla se

repite aquí y allá, entonces deja de ser una isla solitaria y adquiere sentido en su vinculación con el continente más que en su separación. Siempre queda la duda, sin embargo, de si la isla ampliada y amplificada en términos narrativos y geográficos, consiste básicamente en el eco de aquellos conceptos, o si el sentido original de isla remite ahora a un nuevo imaginario identitario que la incluye a ella e incluye al territorio continental.

Ese asunto de isla es justamente un paso necesario de dar para pasar a ese otro análisis de las conexiones entre los textos. Hay una serie de identidades rotas en los textos analizados por los artículos de la revista. Aparecen en forma de rompimiento de la identidad masculina en el ensayo de Karen Poe o en el reconocimiento que hace Albino Chacón del papel de la homosexualidad como tema, en las nuevas narrativas costarricenses. Incluso, cuando se quiere construir una relación entre el *Uno* (el costarricense vallecentralino) y el *Otro* (el Caribe), el trabajo de Leonardo Solano da la idea de que es un puente artificialmente construido en lo aceptable y no en las transgresiones. Eso es algo similar a lo que encuentra Verónica Ríos en el uso del lenguaje en novelas que se auto-centran en el Caribe, pero cuya lengua no recrea la complejidad lingüística caribeña. La identidad mutilada es una constante en las referencias al Caribe en general. Pero queda la duda de si esa mutilación es una ausencia de la identidad (o identidades), o si más bien es el sentido central de esa identidad (esas identidades).

Plantear el tema de la migración de narrativas es fundamental para entender el puente que une al Caribe con Centroamérica. Los ayer migrantes continúan ahí, pero no son solo otros, sino parte de los países centroamericanos y de su identidad. Aún silenciándolos son reconocidos. Las narrativas que los identifican son evidencia de un puente con clavos oxidados (como los clavos de los durmientes de los ferrocarriles construidos en Centroamérica por población afrocaribeña), que son a su vez una representación del pasado que sale y muestra sus huellas. Lo que esas narrativas en conjunto muestran, son llaves para la cerradura de pasados olvidados o silenciados, que basta con observar detalladamente para advertir sobre su presencia y para identificar sus hilos en nuestra realidad. Muchos migrantes dejaron la vida en esos durmientes y en esos clavos para producir las naciones centroamericanas. El hierro venido desde fuera y convertido en clavo, se

une con la madera autóctona y se estrechan para la posteridad, así como las narrativas exploradas hacen lo mismo.

La otra relación particular que aparece en los análisis es el juego de los espejos entre el territorio continental y el Caribe. Horst Nitschack lo deja muy claro cuando opone dos narrativas fundamentales que se presentan en algunos tratados sobre el Caribe y el continente: en uno reina el desorden y la anarquía y en el otro la estabilidad. Esa diferencia es tan problemática como artificial, pero ciertamente sirve de base para la construcción de dualidades también entre el Pacífico y el Caribe centroamericanos. Históricamente, el primero construyó al segundo siguiendo ese esquema de opuestos. Esto ha sido explorado en algunos trabajos, pero parece central, a partir de la lectura que uno puede hacer de los textos de la Revista, que se profundice a futuro. La forma en que el Caribe construyó representaciones sobre las sociedades del pacífico centroamericano es un tema que merece atención a futuro. Ciertamente, también, muchas referencias al Caribe ocurren desde escritores que intentan construir un vínculo con esos *caribes* y, en ese sentido, repiten la artificial división aunque sin pretender hacerlo.

Hace un año contemplé una exposición del artista costarricense Oscar Figueroa en el Museo de Arte y Diseño Contemporáneo de Costa Rica. Figueroa construyó en esa exposición una impresionante e impactante imagen del Caribe como espacio de intercambios, pero también de sufrimientos, dolores, ausencias y negaciones. En aquella ocasión me preguntaba a dónde nos llevaba el viaje de Figueroa. Literalmente, Figueroa nos llevaba hacia un cuarto con unas bolsas llenas de insecticida en donde se podía permanecer sin riesgo pero por pocos minutos. Eran bolsas azules, como el mar, que ahogaban con su olor y que pretendían proteger la llamada fruta del progreso: el banano. La relación era entonces innegable. Eran bolsas que ahogaban la vida de quienes, todos los días, se empeñaban en recoger la fruta del progreso y protegerla para que llegara intacta a la mesa del primer mundo. Había un rastro imborrable en esas bolsas; se trataba del rastro de una nación que al negar su pasado, sus migrantes y tratar de protegerse de lo que le dañe, deja ver todas sus heridas y se vuelve frágil. Las naciones son así, creaciones frágiles que descansan sobre durmientes muertos atados al pasado por clavos corroídos y transitan por rieles

etiquetados y por puentes de cabello. Se podría decir que penden de un hilo. Pero Figueroa corta todos los hilos y deconstruye esa nación. En esa operación, Figueroa logra replantear nuestra relación con la nación y con su pasado y diversidad. Nos ha parado frente al espejo y nos ha hecho vernos del otro lado. Somos tanto aquello como esto y de ese reconocimiento depende nuestro presente y nuestro futuro. Al llegar al mar, Figueroa nos advierte sobre la historia que encierra y nos reta a aguantar allí el paso del tiempo, mientras nos revela de dónde somos. Su operación tiene éxito. Uno vuelve de su obra con la consciencia de que el pasado no está ido, sino en nosotros mismos y que es, como apuntara un verso de Miguel Hernández sobre el rayo, un pasado que no cesa.

Una sensación similar a la apuntada, ocurre con el número de *Ístmica* que aquí comentamos. El número ofrece un intento por dejarnos oír las heterogéneas voces caribeñas que forjaron y forjan esa región. Los autores, además, han sabido acercarse individualmente a las problemáticas sobre las complejidades del Caribe. Persiste el problema de cómo construir puentes interpretativos entre esas complejidades y las interpretaciones sobre el centro y el pacífico centroamericanos; algo que algunos textos del número intentan, aunque todavía muy someramente, resolver. Asimismo, todavía se debe avanzar más hacia un análisis más estructural que no solo incorpore las problemáticas individuales, sino que las visualice en términos comparativos. De la misma manera, la sugerencia de Machenbach de estudiar los *caribes* se vuelve fundamental y, para hacerlo, hay que crear herramientas de análisis y redes de estudio que permitan visualizar las diferencias y las similitudes de las experiencias y las narrativas caribeñas y del pacífico centroamericano. Al hacerlo, el número comentado ofrece buenas y precisas pistas para emprender ese proyecto.

Chacón, Albino, Werner Mackenbach y Horst Nitschack, eds. “El Caribe y Centroamérica. Intersecciones y sincretismos transculturales”. *Ístmica* (Universidad Nacional, Costa Rica), No. 19 (2016), 288 págs.